

823
9.

PQ 2225
.C8
S6
V.4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE ARAGÓN"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL COLLAR

DE LA REINA

CAPÍTULO XVI.

MUJER Y DEMONIO.

Juana había notado la turbación de Charny, la solicitud de la reina y la prisa de los dos en trabar conversación.

Para una mujer de la fuerza de Juana, esto era más de lo necesario para adivinar muchas cosas; no tenemos necesidad de añadir lo que todos habrán comprendido ya.

Después del encuentro preparado por Cagliostro entre madama de La Motte y Oliva, la comedia de las tres últimas noches no necesita comentarios.

Después de entrar en el cuarto de la reina, Juana observó, pues quería descubrir en el rostro de María Antonieta las pruebas de lo que ella sospechaba.

Pero hacía algún tiempo que la reina estaba habituada á desconfiar de todos, y no dejó traslucir nada. De consiguiente Juana tuvo que limitarse á conjeturas.

Había ya mandado á uno de sus lacayos que siguiese á Charny, y volvía aquel criado anunciando que el señor conde había desaparecido en una casa al extremo del parque cerca de las olmedillas.

— No cabe duda, pensó Juana, ese hombre es un enamorado que lo ha visto todo.

Y oyó á la reina decir á madama de Misery:

— Me siento muy débil, querida Misery, y esta noche me acostaré á las ocho.

Como la dama de honor insistiese:

— No recibiré á nadie, añadió la reina.

— Es bastante claro, se dijo Juana; loca sería la que no comprendiese.

La reina, dominada por las emociones de la escena que había tenido con Charny, no tardó en despedir á todas las personas de su séquito, de lo cual se felicitó Juana por la primera vez desde su entrada en la corte.

— El juego está embrollado, dijo. ¡ Á París! Es tiempo de deshacer lo que he hecho.

Y partió al punto de Versalles.

Conducida á su casa de la calle de San Claudio, halló allí un soberbio regalo de un servicio de plata que el cardenal le había enviado aquella misma mañana.

Después de echar una mirada indiferente á este regalo, aunque era de mucho precio, miró por detrás de la cortina al cuarto de Oliva, cuyos balcones no estaban todavía abiertos, pues Oliva, fatigada sin duda, estaba aun durmiendo. Este día hacía mucho calor.

Juana mandó conducirse á casa del cardenal, á quien halló radiante, insolente, henchido de orgullo y alegría. Sentado á su bufete, obra maestra de Boule, rasgaba y escribía sin descanso una carta que principiaba siempre del mismo modo y no acababa nunca.

Al anuncio que le hizo el ayuda de cámara, el cardenal exclamó:

— ¡ Querida condesa!

Y se lanzó á su recibimiento.

Juana recibió los besos con que el prelado cubrió sus brazos y manos, y se colocó cómodamente para sostener lo mejor posible la conversación.

Monseñor principió por deshacerse en protestas de gratitud, que no carecían de elocuencia.

Juana le interrumpió, diciéndole:

— ¿ Sabéis, monseñor, que sois un amante delicado y que os doy las gracias?

— ¿ Por qué?

— No por el lindo regalo que me habéis enviado esta mañana, sino por la precaución que habéis tenido de no enviármelo á la otra casita. Verdaderamente, es obrar con delicadeza; vuestro corazón no se prostituye, se da.

— ¿ Á quién se ha de hablar de delicadeza, sino á vos? replicó el cardenal.

— Vos no sois un hombre dichoso, sois un dios triunfante, dijo Juana.

— Lo confieso, y la felicidad me espanta, me mortifica, me hace insoportable la vista de los otros hombres. Me acuerdo de esa fábula pagana de Júpiter fatigado de sus rayos de luz.

Juana sonrió.

— ¿Venís de Versalles? preguntó el cardenal con avidez.

— Sí.

— ¿Vos... la habéis visto?

— Yó... acabo de dejarla.

— ¿Ella... no ha... dicho nada?

— ¡Eh! ¿qué queréis que diga?

— Perdonad; esto no es curiosidad, es rabia.

— No me preguntéis nada.

— ¡Oh! condesa...

— Os digo que no.

— ¡Con qué semblante decís eso! Al veros, cualquiera diría que me traéis una mala noticia.

— Monseñor, no me hagáis hablar.

— ¡Condesa, condesa!

Y el cardenal palideció.

— Una excesiva felicidad, dijo, se parece al punto culminante de la rueda de la fortuna: al lado del apogeo está el principio del descenso. Pero, si ocurre alguna desgracia, no guardéis consideraciones, no ocurre, ¿no es verdad?

— Al contrario, monseñor, yo llamaré á eso una gran felicidad, replicó Juana.

— ¿Á eso?... ¿qué es eso?... ¿qué queréis decir? ¿El qué es una felicidad?

— El no haber sido descubierto, respondió secamente Juana.

— ¡Oh! exclamó el cardenal sonriendo. Con precauciones, con la inteligencia de dos corazones y de un talento...

— Un talento y dos corazones, monseñor, no impiden jamás que algunos ojos vean por entre el ramaje.

— ¡Nos han visto! exclamó M. de Rohán asustado

— Tengo fundados motivos para creerlo así.

— Entonces... si nos han visto ¿nos han reconocido?

— ¡Oh! en cuanto á eso, monseñor, vos no lo creéis. Si nos hubiesen reconocido, si ese secreto estuviese en poder de alguno, Juana de Valois estaría al fin del mundo, y vos deberíais estar muerto.

— Es verdad. Condesa, todas esas reticencias me están quemando á fuego lento. Nos han visto, sea así; pero han visto personas pasearse por un parque; ¿por ventura eso no es permitido?

— Preguntadlo al rey.

— ¡Lo sabe el rey!

— ¿Volvemos á las andadas? Si el rey lo supiese, vos estaríais en la Bastilla, y yo en el hospital. Pero como una desgracia evitada equivale á dos felicidades prometidas, vengo á deciros que no tentéis á Dios aun otra vez.

— ¿Qué decís? exclamó el cardenal, ¿qué significan vuestras palabras, querida condesa?

— ¿No lo comprendéis?

— Tengo miedo.

— Yo tendría miedo si vos no me tranquilizaseis.

— ¿Qué debo hacer para tranquilizaros?

— No volver á Versalles.

El cardenal dió un brinco.

— ¿Por el día? preguntó sonriendo.

— Ni por el día, ni por la noche.

El cardenal se estremeió y soltó la mano de la condesa.

— ¡Imposible! dijo.

— Ahora me toca á mí miraros á la cara, replicó Juana.

Creo habéis dicho imposible. ¿Por qué es imposible? si gustáis decirme.

— Porque tengo en mi corazón un amor que sólo concluirá con mi vida.

— Lo estoy viendo, interrumpió Juana irónicamente; y persistiréis en volver al parque á fin de llegar más pronto á ese resultado. Sí, si volvéis allá, vuestro amor no terminará sino con vuestra vida, y ambos serán troncados de un mismo golpe.

— ¡Cuántos terrores, condesa, cuando ayer erais tan valiente!

— Yo tengo la valentía de las bestias. Yo no temo nada mientras no hay peligro.

— Muy bien; pero entonces permitid que os diga...

— ¡Nada, condesa, nada! exclamó el enamorado prelado; el sacrificio está hecho, está echada la suerte: la muerte si se quiere, pero ¡el amor! Volveré á Versalles.

— Volveréis solo, dijo la condesa.

— ¿Me abandonaréis? preguntó M. de Rohán en tono de reconvencción.

— Primero, yo.

— Pero ella irá.

— Os engañáis: ella no irá.

— ¿Venís acaso á anunciarme eso de parte suya? dijo el cardenal temblando.

— Esa es la noticia que hace media hora estoy tratando de daros del modo menos sensible.

— ¿Ella no quiere verme ya?

— Jamás, y yo soy quien se lo he aconsejado.

— Señora, dijo el prelado con acento conmovido, hacéis muy mal en sepultar el puñal en un corazón que sabéis es tan tierno.

— Mucho peor haría, monseñor, en dejar á dos locos

perderse por falta de un buen consejo. Yo doy este consejo, que lo aproveche el que quiera.

— ¡Condesa, condesa, primero la muerte!

— Eso es cosa vuestra, y es fácil.

— Morir por morir, dijo el cardenal con voz sombría; prefiero el fin del réprobo. ¡Bendito sea el infierno en que halle á mi cómplice!

— ¡Santo prelado, estáis blasfemando! dijo la condesa; ¡súbdito, destronáis á vuestra reina! ¡hombre, perdéis una mujer!

El cardenal cogió á la condesa por la mano, y exclamó con delirio:

— ¡Confesad que ella no os ha dicho eso, y que no reniega de mí de ese modo!

— Os estoy hablando en su nombre.

— Entonces lo que me pide es un plazo.

— Tomadlo como queráis; pero observad su orden.

— El parque no es el único sitio en que podemos vernos; **hay otros mil más seguros; en fin, la reina ha ido á vuestra casa.**

— Monseñor, ni una palabra más; yo llevo en mi pecho un peso mortal, el de vuestro secreto, y no me siento con fuerzas para llevarlo largo tiempo. Lo que vuestras indiscreciones, lo que la casualidad ó la malevolencia de un enemigo no hagan, lo harán los remordimientos. Ya veis, yo sé que ella es capaz de confesárselo todo al rey en un momento de desesperación.

— ¡Dios mío, es posible! exclamó M. de Rohán. ¡Sería ella capaz de hacerlo!

— Si la vieseis cómo está, os causaría lástima.

El cardenal se levantó precipitadamente.

— ¿Qué hacer? dijo.

— Darle el consuelo del silencio.

— Creerá que la he olvidado.

Juana se encogió de hombros.

— Me acusará de cobarde.

— Cobarde por salvarla... jamás.

— ¿Perdona una mujer el que uno se prive de su presencia?

— No juzguéis á esa cual me juzgaréis á mí.

— Yo la juzgo grande y fuerte, y la amo por su valentía y por su noble corazón. De consiguiente, puede contar conmigo como yo cuento con ella. La veré por la última vez, le franquearé todo mi pecho, y lo que ella decida después de haberme oído, lo cumpliré cual haría con un voto sagrado.

Juana se levantó.

— Como gustéis, dijo. Id allá, pero iréis solo. Hoy al volver, he arrojado la llave del parque al Sena; de consiguiente iréis á vuestras anchuras á Versalles mientras me marchó para la Suiza ó la Holanda, pues cuanto más lejos esté de la bomba menos temeré sus cascós al estallar.

— ¡Condesa, vos me dejaréis, me abandonaréis! ¡Oh, Dios mío! pero entonces, ¿con quién hablaría yo de ella?

Aquí, Juana recordó las escenas de Moliere: nunca más insensato Valerio había dado á más astuta Dorina más cómodas réplicas.

— ¿No tenéis el parque y los ecos? dijo Juana. Ya les enseñaré á repetir el nombre de Amarilis.

— ¡Condesa, tened compasión de mí; estoy desesperado! dijo el prelado con un acento que le salía del corazón.

— ¡Pues bien! replicó Juana con la energía brutal del cirujano que decide la amputación de un miembro. Si estáis

desesperado, monseñor de Rohán, no os dejéis arrastrar á niñadas, más peligrosas que la pólvora, que la peste, que la muerte!

Si tanto amáis á esa mujer, conservaos en donde estáis, en vez de perderla, y si no carecéis absolutamente de gratitud y memoria, no os arriesguéis á envolver en vuestra ruina á los que os han servido por amistad. Yo no jugueteo con el fuego. ¿Me juráis que no daréis un paso para ver á la reina (solo para verla, ¿lo oís?) no digo para hablarla, en estos quince días? Si lo juráis, me quedo aquí y podré servirlos aun. ¿Estáis resuelto á arrastrarlo todo para infringir mi prohibición y la suya? Yo lo sabré, y diez minutos después me marchó! Entonces vos saldréis del aprieto como podáis.

— ¡Es espantoso! murmuró el cardenal; ¡la caída es horrible! ¡Caer de la cumbre de esa felicidad!... ¡Oh, me costará la vida!

— ¡Vamos que no os la costará! dijo Juana al oído del cardenal. Además vos sólo amáis por amor propio.

— Hoy es por amor, replicó el cardenal.

— Entonces sufrid hoy, dijo Juana, pues esos son gajes del oficio. Vamos, monseñor, decidíos; ¿me quedo ó tomo el camino de Lausana?

— ¡Quedaos, condesa! pero buscadme un calmante, porque la llaga es muy dolorosa.

— ¿Juráis obedecerme?

— Á fe de Rohán.

— ¡Bueno! Vuestro calmante está hallado. Os prohibo las entrevistas, pero no las cartas.

— ¡En verdad! exclamó el insensato, reanimado por esta esperanza. ¿Podré escribir?

- Haced la prueba.
— ¿Y... me respondería?
— Trataré de ver.

El cardenal devoró á besos la mano de Juana, y la llamó su ángel tutelar.

Mucho debió reír el demonio que habitaba en el corazón de la condesa.

CAPÍTULO XVII.

LA NOCHE.

Ese mismo día eran las cuatro de la tarde cuando se paró un hombre á caballo en la linde del parque detrás de los baños de Apolo.

El jinete daba un paseo de recreo, marchando al paso; pensativo como Hipólito, y hermoso como él, su mano dejaba flotar las riendas sobre el cuello del corcel.

Paróse, como hemos dicho, en el sitio donde M. de Rohán decía detener su caballo en aquellos tres días. El suelo, en aquel sitio, estaba pisado por los caballos, y los arbustos se hallaban ramoneados alrededor del roble á que había estado atada la cabalgadura.

El jinete se apeó y dijo:

— Muy destrozado está este sitio.

Y se acercó á la pared.

— Aquí hay huellas de haberse escalado la pared: esta puerta ha sido abierta recientemente. Esto es lo mismo que yo había pensado.

El que ha hecho la guerra con los Indios de las Sabanas, no puede menos de ser inteligente en materia de huellas, de caballos y de hombres. Quince días hace que M. de Charry está de vuelta, y otros tantos que no se ha dejado ver. Esta es la puerta que él ha elegido para entrar en Versalles. Dichas estas palabras, el caballero suspiró ruidosamente cual si arrancara su alma con este suspiro.

— Dejemos al prójimo su felicidad, murmuró mirando una por una las efloecentes huellas del césped y las paredes. Lo que Dios da á unos lo niega á otros, y no en balde hace Dios felices é infelices ; ¡ bendita sea su voluntad !

— Sin embargo, sería preciso tener una prueba... pero ¿ á qué precio, por qué medio se puede obtener ?

— ¡ Oh ! nada más sencillo. Oculto en los matorrales, por la noche, un hombre no podría ser descubierto y desde ese escondite vería á los que vienen aquí. Esta noche me ocultaré en los matorrales.

El caballero recogió las riendas de su caballo, montó lentamente, y sin acelerar el paso de su caballo, desapareció en el ángulo de la pared.

En cuanto á Charry, obedeciendo las órdenes de la reina, se había encerrado en su casa aguardando un mensaje de su parte.

Llegó la noche, y nadie se presentaba. Charry, en vez de acechar desde el balcón del pabellón que daba sobre el parque, acechaba en el mismo cuarto desde el balcón que daba sobre la pequeña calle. La reina había dicho : en la puerta de la montería ; pero en aquel pabellón, balcón y puerta eran una misma cosa, en el piso bajo, y lo principal era que se pudiera ver todo lo que pasase.

Interrogaba á la noche profunda esperando de un mo-

mento á otro oír el galope de un caballo ó el precipitado paso de un corcel ; dieron las diez y media, pero ¡ nada ! La reina se había burlado de Charry ; había hecho una concepción en el primer impulso de sorpresa ; había prometido avergonzada lo que le era imposible cumplir, y ¡ cosa espantosa de pensar ! había prometido á sabiendas de que no lo cumpliría.

Charry, con esa rápida facilidad de sospecha que caracteriza á todos los que se hallan violentamente enamorados, se vituperaba ya el haber sido tan crédulo.

— ¿ Como yo que he visto, exclamaba, he podido creer en embustes y sacrificar mi convicción, mi certidumbre, á una estúpida esperanza ?

Estaba desenvolviéndose esta idea funesta, cuando el ruido de un puñado de arena lanzada sobre los cristales del otro balcón, llamó su atención y le hizo correr hacia aquel lado del parque.

Entonces vió bajo las olmedillas del parque una figura de mujer envuelta en un mantón, que levantaba hacia él un rostro pálido é inquieto.

Al verla, no pudo reprimir un grito de alegría y de pesar á un tiempo, pues la mujer que le llamaba, que aguardaba... ¡ era la reina !

De un salto se lanzó por el balcón y fué á caer cerca de María Antonieta.

— ¡ Ah, ya estáis aquí, caballero ! es una gran fortuna ! dijo quedo la reina muy commovida, ¿ qué estábais haciendo ?

— ¡ Vos, vos, señora !... ¡ Vos misma ! ¿ es posible ? replicó Charry prosternándose.

— ¿ Y así como me aguardabais ?

— Señora, aguardaba del lado de la pequeña calle.

— ¡Cómo! ¿por ventura podía yo venir por la calle, cuando tan sencillo es venir por el parque?

— Señora, no habría osado esperar el veros, respondió Charny con un acento de apasionada gratitud.

La reina le interrumpió diciendo:

— No permanezcamos aquí, pues hace luna; ¿traéis vuestra espada?

— Sí, señora.

— ¡Bien!... ¿Por dónde decís que entran las personas que habéis visto?

— Por aquella puerta.

— ¿Y á qué hora?

— Á las doce todas las veces.

— No hay una razón para que no vengán aun esta noche.

¿No habeis hablado á nadie?

— Á nadie de este mundo.

— Entrémos en los talleres y aguardemos.

— ¡Oh! V. M...

La reina pasó delante, y con paso bastante acelerado anduvo algún camino en dirección opuesta.

— Debéis suponer que no me he divertido en contar este lance al subdelegado de policía, dijo de súbito la reina para salir al encuentro del pensamiento de Charny. Desde que me he quejado, M. de Crosne habría debido ya hacerme justicia. Si la criatura que usurpa mi nombre después de haber usurpado mi semejanza, no ha sido presa aún, si aún no se ha aclarado todo ese misterio, debéis conocer que hay dos motivos; ó la incapacidad de M. de Crosne (lo que no es nada), ó su connivencia con mis enemigos. Y me parece difícil que en mi casa, en mi parque, se tome nadie la libertad de la innoble comedia que me habéis señalado, sin estar seguro

de un apoyo directo, ó de una fácil complicidad. He ahí por qué los que han cometido esa infamia me parecen bastante peligrosos para que no confie más que á mí misma el cuidado de arrancarles la máscara. ¿Qué os parece de esto?

— Yo pido á V. M. el permiso de no volver á despegar mis labios. Estoy desesperado; tengo aún temores, y ya no tengo sospechas.

— Á lo menos, vos sois un honrado, dijo vivamente la reina; sabéis decir las cosas en la cara, y ese es un mérito que puede herir algunas veces á los inocentes cuando uno se equivoca respecto de ellos, pero una herida se cura.

— ¡Oh! señora, están dando las once... yo tiemblo.

— Aseguraos de que no hay nadie por aquí, dijo la reina para alejar á su compañero.

Charny obedeció, y registró los talleres hasta las paredes.

— No hay nadie, dijo al volver.

— ¿En dónde pasó la escena que me contabais?

— Señora, en este mismo instante al volver de mi exploración, he recibido en el corazón un golpe terrible... Os he percibido en el mismo sitio en que estas noches últimas ví... á la supuesta reina de Francia.

— ¡Aquí! exclamó la reina alejándose disgustada del sitio que ocupaba.

— Sí, señora, bajo este castaño.

— Pero entonces, caballero, no nos quedemos aquí, porque si han venido á este sitio volverán.

Charny siguió á la reina á otra calle de árboles, latándole el corazón con tal fuerza que temía no oír el ruido de la puerta que iba á abrirse.

La reina, silenciosa y engreída, aguardaba que apareciese la prueba viva de su inocencia.

Dieron las doce; la puerta no se abrió.

Media hora pasó, en cuyo transcurso María Antonieta preguntó más de diez veces á Charny si los impostores habían sido muy exactos en todas sus citas.

Dió la una menos cuarto en San Luis de Versalles, y la reina dió una patada en el suelo con impaciencia diciendo:

— ¡Veréis como hoy no vienen! ¡Estas desgracias solo á mí me suceden!

Y al decir estas palabras, miraba á Charny como para promoverle una disputa, si hubiese sorprendido en sus ojos la menor expresión de triunfo ó ironía.

Pero él, palideciendo á medida que renacían sus sospechas, conservaba una actitud tan grave y melancólica, que ciertamente su cara reflejaba en ese momento la paciente serenidad de los mártires y los ángeles.

La reina le cogió el brazo y le llevó al castaño bajo el cual habían hecho su primera parada.

— ¿Decís que es aquí dónde los habéis visto? murmuró

— Aquí mismo, señora.

— ¿Que fué aquí donde la mujer ha dado una rosa al hombre?

— Sí, señora.

Y la reina estaba tan débil, tan fatigada de su larga permanencia en aquel parque húmedo, que se arrimó al tronco del árbol é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Insensiblemente fueron flaqueando sus piernas, y cayó más bien que se sentó sobre la yerba y el musgo.

Charny permanecía inmóvil y sombrío.

María Antonieta se llevó las manos á la cara y Charny no pudo ver una lágrima de la reina deslizarse entre sus blancos y finos dedos.

De súbito, se levantó y dijo:

— Caballero, tenéis razón; yo estoy condenada; había prometido probaros hoy que me habíais calumniado; Dios no lo quiere, y yo me inclino.

— ¡Señora!... murmuró Charny.

— He hecho, prosiguió la reina, lo que ninguna mujer habría hecho en mi lugar. ¡Oh, qué es una reina, cuando no puede reinar ni siquiera en un corazón! ¡qué es una reina, cuando ni siquiera obtiene la estimación de un hombre honrado!.. Vamos, caballero, ayudadme á levantarme, para que marche; no me despreciéis hasta el punto de rehusarme vuestra mano.

Charny se precipitó como un insensato á sus pies.

— Señora, dijo tocando la tierra con su frente, si yo no fuese un desgraciado que os ama, me perdonaríais, ¿no es verdad?

— ¡Vos! exclamó la reina con una sonrisa amarga; ¡vos! me amáis. y me creéis infame!..

— ¡Oh!... señora.

— ¡Vos, vos que debierais tener memoria, me acusáis de haber dado aquí una flor, allá abajo un beso, más allá mi amor á otro hombre!.. Caballero, no hay que mentir, ¡vos no me amáis!

— Señora, esa fantasma de reina enamorada estaba ahí; y ahí también estaba esa fantasma del amante. Arrancadme el corazón, puesto que esas dos infernales imágenes viven en mi corazón y lo devoran.

La reina le tomó la mano con exaltación, y dijo con voz sofocada:

— ¡Vos habéis visto!.. ¡habéis oído!.. Era yo, ¿no es verdad?.. ¡Oh! era yo, no busquéis otra cosa. Pues bien;

si en este mismo sitio, bajo este mismo castaño, sentada como yo estaba, vos á mis pies como estaba el otro, si os estrecho las manos y os digo: Señor de Charny, yo no amo ni amo ni amaré más que á un ser en este mundo... y ese ser sois vos!... ¡Dios mío, Dios mío! ¿bastaría esto para convenceros de que no es una infame quien tiene en el corazón, con la sangre de las emperatrices, el divino fuego de un amor como este?...

Charny exhaló un gemido semejante al de un hombre que expira. La reina, al hablarle, le había embriagado con su soplo; la había sentido hablar, su aliento había abrasado sus labios.

— ¡Dejadme dar gracias á Dios! murmuró. ¡Oh! si no pensara en Dios pensaría demasiado en vos.

La reina se levantó lentamente, y fijó en él los ojos empañados por las lágrimas.

— ¿Queréis mi vida? dijo Charny fuera de sí.

La reina calló un momento sin cesar de mirarle.

— Dadme el brazo, le dijo, y llevadme á los sitios donde han ido los otros. Primero aquí.. fué donde se dió una rosa..

Y desprendió de su vestido una rosa caliente aún por el fuego que había abrasado su pecho.

— ¡Tomadla! dijo.

Charny respiró el olor embalsamado de la flor, y la metió en su pecho.

— ¿Aquí, repuso la reina, la otra ha dado su mano á besar?

— ¡Ambas manos! dijo Charny vacilante y embriagado, en el momento en que su rostro se halló entre las manos de la reina.

— He aquí un sitio purificado, dijo la reina con adorable sonrisa... ¿No han ido también á los baños de Apolo?

Charny, cual si el cielo se hubiese desplomado sobre su cabeza, se quedó atónito y medio muerto.

— Es un sitio donde nunca entro sino de día, dijo la reina. Vamos á ver juntos la puerta por donde huía ese amante de la reina.

Y ligera, cogida del brazo del hombre más dichoso de la tierra, atravesó casi corriendo las praderitas que separaban los tallares de la pared de ronda, y llegaron así á la puerta, tras de la cual se veían las pisadas de caballos.

— Aquí es, de la parte de afuera, dijo Charny.

— Tengo todas las llaves, repuso la reina. Abrid, señor de Charny, y examinemos.

Salieron y se inclinaron para examinar: la luna salió de una nube como para ayudarlos en sus investigaciones.

El blanco rayo de luz inundó tiernamente el hermoso rostro de la reina, que se apoyaba en el brazo de Charny escuchando y examinando los matorrales del alrededor.

Luego que se convenció bien, trató de retirarse.

Daban las dos.

— ¡Adiós! dijo. Volveos á vuestra casa. Hasta mañana.

Le estrechó la mano, y sin decir una palabra, se alejó rápidamente por entre las olmedillas, en dirección del palacio.

Al otro lado de aquella puerta que acababan de cerrar, se levantó un hombre de entre los matorrales á orillas del camino.

Aquel hombre, al marcharse, se llevaba el secreto de la reina.

CAPÍTULO XVIII.

LA LICENCIA.

La reina salió la mañana siguiente tan risueña como bella para ir á misa.

Sus guardias tenían orden de dejar presentársele á cuantas personas quisiesen. Era un domingo, y S. M. había dicho:

— Hace hermoso día.

Y pareció respirar con más placer que de ordinario el perfume de sus flores favoritas; se mostró más magnífica en los dones que acoió, y se apresuró más á ir á elevar su alma á Dios.

Oyó la misa sin ninguna distracción, y jamás había inclinado con tanta humildad su majestuosa cabeza.

Mientras oraba con fervor, la multitud se agolpaba como los otros domingos sobre el pasaje de los aposentos á la capilla, y hasta las gradas de la escalera estaban cuajadas de nobles y señoras.

Entre estas últimas brillaba modesta, pero elegantemente vestida, madama de La Motte

Y en la doble fila formada por los nobles, se veía á la derecha á M. de Charny recibiendo las felicitaciones de muchos amigos por su cura, su vuelta, y particularmente por su cara radiante.

El favor es un perfume sutil, que se divisa con facilidad en el aire, y mucho antes de abrirse el pebetero, es el aroma definido, reconocido y apreciado por los inteligentes. Sólo hacía seis horas que Olivier era amigo de la reina, y todos se decían ya amigos de Olivier.

Mientras que aceptaba todas aquellas felicitaciones con el semblante alegre de un hombre verdaderamente dichoso y mientras para manifestarle más honor y amistad, todos los de la fila izquierda pasaban á la derecha, Olivier, forzado á dejar correr sus miradas por el grupo que se desparramaba alrededor de él, percibió sola, enfrente, una figura cuya sombría palidez é inmovilidad le sorprendieron en medio de su embriaguez.

Reconoció á Felipe de Taverny encotillado en su uniforme con la mano sobre la empuñadura de su espada.

Desde las visitas de urbanidad hechas por este último á la antesala de su adversario después del duelo, desde el secuestro de Charny por el doctor Luis, ninguna relación había mediado entre los dos rivales.

Charny, viendo á Felipe que le miraba tranquilamente, sin benevolencia ni amenaza, principió por un saludo que Felipe le devolvió desde lejos.

Después, separando con la mano el grupo que le rodeaba, dijo:

— Perdonad, señores; dejadme llenar un deber de urbanidad.

Y atravesando el espacio que mediaba entre la fila de la derecha y la de la izquierda, se fué en derechura adonde estaba Felipe, que no se movió.

— Señor de Taverney, dijo saludándole con más cortesía que la primera vez, debí daros las gracias por el interés que habéis tenido á bien tomar por mi salud, pero he llegado ayer.

Felipe se sonrió y le miró, luego bajó la vista.

— Tendré el honor, caballero, prosiguió Charny, de visitaros mañana; y espero que no me guardaréis rencor.

— De ninguna manera, caballero, replicó Felipe.

Charny iba á alargarle la mano para que Felipe le diese la suya, cuando el tambor anunció la llegada de la reina.

— Ahí viene la reina, caballero, dijo Felipe lentamente, sin haber correspondido al ademán amistoso de Charny.

Y acentuó esta frase con una reverencia más melancólica que fría.

Charny, algo sorprendido, se apresuró á reunirse á sus amigos en la fila de la derecha.

Felipe permaneció en su puesto como si estuviese de acción.

La reina se aproximaba; se la vió sonreír á muchos, tomar ó mandar que tomasen memoriales, porque había percibido de lejos á Charny, y no separando de él la vista con esa temeraria valentía que ella mostraba en sus amistades y que sus enemigos llamaban impudor, pronunció en voz alta estas palabras:

— Pedid hoy, señores; pedid, porque hoy no puedo rechazar nada.

Charny quedó conmovido hasta el fondo del alma por el acento y el sentido de estas palabras mágicas; se estremeió de placer, y esta fué su acción de gracias á la reina.

De súbito fué ésta sacada de su dulce, pero peligrosa contemplación, por el ruido de un paso y el sonido de una voz extraña.

El paso resonaba á su izquierda sobre las baldosas, y la voz, conmovida pero grave, decía:

— ¡Señora!...

La reina percibió á Felipe, y no pudo reprimir un primer impulso de sorpresa al verse colocada entre aquellos dos hombres, de los cuales quizás se vituperaba el amar demasiado al uno y no bastante al otro.

— ¡Sois vos, señor de Taverney! exclamó reponiéndose; ¿vos tenéis algo que pedirme? ¡Oh! hablad.

— Pido á Vuestra Majestad una audiencia de diez minutos, cuando tenga á bien concedérmela, dijo Felipe inclinándose sin haber desarmado la severa palidez de su frente.

— En este mismo instante, caballero, respondió la reina echando una mirada furtiva á Charny, á quien temía involuntariamente ver tan cerca de su antiguo adversario: seguidme.

Y pasó con más rapidez cuando oyó tras de sí el paso de Felipe y hubo dejado á Charny en su puesto.

Sin embargo, proseguía haciendo su cosecha de memoriales y súplicas, dió algunas órdenes, y entró en su aposento.

Al cabo de un cuarto de hora, fué introducido Felipe en la biblioteca, donde S. M. recibía los domingos.

— Señor de Taverney, entrad, dijo tomando un tono jovial; entrad y ponedme en seguida buena cara. Debo confesaros que tengo una inquietud cada vez que un Taverney desea hablarme. Sois de mal agüero los de vuestra familia. Tranquilizadme pronto, señor de Taverney, diciéndome que no venís á anunciarme una desgracia.

Felipe, más pálido aun después de este preámbulo de lo que había estado durante la escena con Charny, se contentó con replicar, al ver lo poco afectuoso del lenguaje de la reina:

— Señora, tengo el honor de afirmar á V. M. que esta vez sólo le traigo una buena noticia.

— ¡ Ah, es una noticia! dijo la reina.

— ¡ Ay de mí! Sí, señora.

— ¡ Dios mío! replicó la reina volviendo á tomar ese aire alegre que hacía á Felipe tan desgraciado; habéis dicho ¡ ay de mí! Un español diría ¡ pobre de mí! pero el señor de Taverney ha dicho: ¡ ay de mí!

— Señora, repuso gravemente Felipe, dos palabras van á tranquilizar á V. M. tan completamente, que no sólo no se velará hoy vuestra noble frente al acercarse un Taverney, sino que no se velará jamás por culpa de un Taverney Casa-Roja. Desde hoy, señora, el último de esta familia á quien V. M. se ha dignado dispensar algún favor, va á desaparecer para no volver jamás á la corte de Francia.

La reina, deponiendo súbitamente el aire jovial que había tomado como un recurso contra las emociones presuntas de esta entrevista, exclamó:

— ¡ Vos partís!

— Sí, señora.

— ¡ Vos... también!

Felipe se inclinó y dijo:

— Mi hermana, señora, ha tenido el sentimiento de dejar á Vuestra Majestad; yo era mucho más inútil á la reina, y me marcho.

La reina se sentó muy turbada, reflexionando que Andrea había pedido la licencia de retirarse para siempre el día siguiente á una entrevista en el cuarto de Luis, donde Charny había tenido el primer indicio de la simpatía que le profesaban.

— ¡ Es singular! dijo pensativa, y no habló otra palabra.

Felipe permanecía en pie como una estatua de mármol, aguardando el gesto que despide.

La reina, saliendo súbitamente de su letargo, dijo:

— ¿ Adónde vais?

— Voy á reunirme á M. de La Perouse, dijo Felipe.

— M. de La Perouse está en Terranova en este momento.

— Lo tengo todo preparado para incorporarme con él.

— ¿ Sabéis que le han predicho una muerte espantosa?

— Espantosa, no sé, dijo Felipe, pero pronta, lo sé.

— ¿ Y vos partís?

Felipe sonrió con su hermosura tan noble y tan dulce, y dijo:

— Por eso mismo voy á reunirme á La Perouse.

La reina cayó de nuevo en su silenciosa meditación.

Felipe aguardó otra vez respetuosamente.

Aquella naturaleza tan noble y tan animosa de María Antonieta se despertó más temeraria que nunca.

Se levantó, acercóse al joven, y le dijo cruzándose los brazos sobre el pecho :

— ¿Por qué partís ?

— Porque tengo grandes deseos de viajar, respondió con dulzura.

— Pero ya habéis dado la vuelta al mundo, repuso la reina, engañada un instante por esta calma heroica.

— Del Nuevo Mundo, sí, señora, dijo Felipe; pero no del Antiguo y del Nuevo juntos.

La reina hizo un gesto de despecho y repitió lo que había dicho á Andrea :

— Los Taverney son una raza de hierro, unos corazones de acero. Vuestra hermana y vos sois dos personas terribles, unos amigos á quienes uno acaba por aborrecer. Vos partís, no para viajar, pues estáis harto de ello, sino por dejarme. Vuestra hermana decía que era llamada por la religión, y oculta un corazón de fuego bajo la ceniza. En fin, ha querido partir y ha partido ; Dios la haga dichosa. Vos, que podríais ser feliz, partís también. ¡ Bien os decía yo hace un momento que los Taverney son para mí de mal agüero !

— Señora, no nos tratéis tan cruelmente ; si V. M. se dignase registrar mejor nuestros corazones, no vería en ellos más que una adhesión sin límites.

— ¡ Escuchad ! dijo la reina con enojo ; vos sois un cuákero, y vuestra hermana una filósofa, criaturas imposibles ; ella se figura el mundo un paraíso en que sólo se entra á condición de ser santos ; vos tomáis el mundo por un infierno donde sólo entran los diablos ; y ambos habéis huído del mundo ; el uno porque halla en él lo que no busca ; el otro, porque no halla lo que busca... ¿ Digo bien ? Que-

rido señor de Taverney, dejad á los humanos ser imperfectos, no pidáis á las familias reales más que el ser las menos imperfectas de las razas humanas ; sed tolerante, ó más bien, no seáis egoísta.

La reina recalcó estas palabras con demasiada pasión. Felipe tuvo en ello una ventaja.

— Señora, dijo, el egoísmo es una virtud, cuando uno se sirve de él para realizar sus adoraciones.

La reina se ruborizó.

— Lo único que sé, dijo, es que yo amaba á Andrea, y que ella me ha dejado ; es que vos me interesabais, y me dejáis ; y es humillante para mí el ver abandonar mi casa dos personas tan perfectas ; lo digo seriamente.

— Señora, nada puede humillar á una persona augusta como vos, dijo friamente Taverney ; la vergüenza no alcanza á frentes elevadas como la vuestra.

— Estoy examinando con atención qué es lo que ha podido ofenderos, dijo la reina.

— Nada, nada me ha ofendido, señora, repuso vivamente Felipe.

— Se ha confirmado vuestro grado ; vuestra fortuna está en buen camino ; yo os distinguía...

— Repito á Vuestra Majestad que nada me agrada en la corte.

— ¿ Y si yo os dijese que os quedarais ?... ¿ si os lo ordenase ?...

— Tendría el dolor de responder rehusando á Vuestra Majestad.

La reina se sumergió por tercera vez en esa silenciosa reserva que era respecto de su lógica lo que la acción de partir á fondo es respecto de un espadachín.

Y como siempre salta de ese estado por una arremetida:

— ¿Quizás hay aquí alguno que os desagrada? Vos sois quisquilloso, dijo fijando una mirada penetrante en Felipe.

— Nadie me desagrada.

— Os creía indispuerto... con un caballero... M. de Charny... á quien habéis herido en un duelo... dijo la reina animándose por grados. Y como es natural que uno se aleje de las personas á quienes no ama, desde que habéis visto á M. de Charny de vuelta, habréis deseado dejar la corte.

Felipe no respondió nada.

La reina, equivocándose acerca de este hombre tan leal y tan valiente, creyó que sólo tenía que habérselas con un celoso ordinario; de consiguiente le persiguió sin guardar miramientos.

— Vos sabéis solamente desde hoy, continuó la reina, que M. de Charny está de vuelta. Digo desde hoy... ¿y me pedís hoy mismo vuestra licencia?

Felipe se puso más lívido que pálido. Atacado así, pisoteado de ese modo, se enderezó cruelmente, diciendo:

— Señora, verdad es que sólo desde hoy sé la vuelta de M. de Charny; sólo que hace más tiempo de lo que piensa Vuestra Majestad, porque he encontrado á M. de Charny á eso de las dos de la mañana á la puerta del parque que da á los Baños de Apolo.

La reina palideció á su vez; y después de haber mirado con una admiración mezclada de horror la perfecta cortesana que el noble Felipe conservaba en su cólera, murmuró con voz apagada:

— ¡ Bien ! id, caballero; no os retengo ya.

Felipe saludó por la última vez, y se retiró á paso lento.

La reina cayó anonadada sobre su sillón diciendo:

— ¡ Francia, país de los nobles corazones !